

## EL ESCRITOR ALEMÁN GUSTAVO FREYTAG

*Gustavo Freytag*, este hombre por tantos títulos extraordinario que sobrevivió á los literatos eminentes Federico Reuter, Godofredo Keller y Bertoldo Auerbach y á los grandes autores dramáticos de su generación Federico Hebbel y Othon Ludwig, ha muerto en su retiro de Wiesbaden el 30 de Abril de 1895 á las diez de la noche. No volverá á sonreír para él el dulce Mayo con su sin par alegría, con sus rayos de sol templados por la blanca niebla flotando en el éter, con el azul fresco y blando de su cielo recordando el esplendor amoroso de unas pupilas, con sus brisas acariciadoras, impregnadas de perfumes, envueltas en las ondas luminosas de los días claros y serenos, con su savia subiendo por troncos, con sus bosques verdes, con sus árboles frutales inclinándose bajo el peso de sus flores nevadas, con sus alondras y mirlos, con sus trinos de ruiseñores cuyo pecho está henchido de nuevo amor, con sus lindas florecillas llamadas en alemán *Mai-glöckchen* (campanillas de Mayo), que nos parecen genios de luz cuando tropezamos con ellas en la selva sombría, con sus idilios, con sus días de los esplendores y de los perfumes en que la vida, agitándose inquieta y poderosa por doquiera, nos hace sentir el halago de este estremecimiento universal de placer. No volverá á encender la primavera para el coetáneo de Bismarck rosas en candelabros de esmeralda en la catedral de la naturaleza, y en el seno espléndido de ésta no volverá á reposar su pensamiento. Una de nuestras glorias, el intérprete elocuente de nuestros ideales domésticos, sociales y políticos durante medio siglo; el que siempre tenía en sus labios una frase serena y consoladora y que hablará á la próxima centuria de la fuerza creadora de la nuestra; el que como periodista tocaba todos los tonos, desde el chiste hasta la severidad más profunda, y que en su comedia *Los periodistas* levantó el monumento más alegre á su actividad periodística, desaparece en los abismos de la tumba, aunque dejando tras de sí recuerdo imperecedero que no se borrará. Ante la impresión que nos produce esta triste noticia, por la que llevarán luto cuantos deleitaron su corazón en las obras de ese periodista é historiador, filósofo y poeta, ese Uhland de la prosa alemana, ese heraldo del pasado teutónico, ese profeta del porvenir germano, ese preceptor de Alemania; cuantos á *Gustavo*

*Freytag* trataron y tratándole le amaron entrañablemente, y las letras alemanas, que con *Freytag* pierden uno de sus más brillantes mantenedores, en el que nos parece haber muerto el *Eckart* de nuestro pueblo, un amigo fiel cuyos libros, nuestros compañeros queridos en la vida entera que han de llenar las generaciones con su conocimiento profundo del corazón alemán, eran predilectos en los hogares alemanes por lo que había en ellos de lúcido y puro, de valiente y honrado, porque eran la expresión artística de la índole germana, un patrimonio nacional, la pluma vacila en nuestra mano, atropéllanse las ideas en el cerebro y no hallamos forma de traducir con fidelidad nuestro dolor por tan sensible pérdida. Había en el patriarca de Sieleben una persuasión firme y caliente que nos domina, una claridad que nos satisface y purifica; había entre *Freytag* y sus lectores una constante comunidad del sentir. Un pueblo agradecido se descubre respetuosamente ante el lecho murtuorio de su mejor amigo, que derrochó en sus obras tesoros de elocuencia y buen sentido, y que ha muerto con la tranquilidad augusta de los genios que han cumplido su destino.

Ningún escritor alemán fué apreciado tanto como *Freytag*, después de los clásicos y de Enrique Heine. Asombra ver todo lo que el fecundo literato ha producido en los distintos géneros literarios á que dedicara sus nunca rendidas actividades. El romanticismo derramaba aún sus mágicos rayos de luna sobre sus dramas *Valentina* y *El Conde Waldemar*, que tenían por tema la relación entre la nobleza y el pueblo y la necesidad de refrescar aquélla por sangre plebeya; pero ya penetraba en estas producciones la vigorosa luz del día moderno. En su comedia *Los periodistas* que siguió en 1852, brilla el sol del humor; éste reina soberano, desde el humor elegante de Bolz y de Adelheid de Runeck, hasta el humor grosero de los Schmock y Piepenbrink.

La crítica, que desde Lessing ha tenido una influencia tan poderosa en las letras alemanas, no puede crear talentos, pero puede enseñarles el buen camino. Eso lo hizo el crítico Julián Schmidt, paladín del estudio de la vida real de que habían de brotar los ideales artísticos, respecto á su compañero en la prensa *Gustavo Freytag*, que estampaba como enseña de combate, al frente de su producción más emi-

nente, de su novela de costumbres *Soll und Haben* (Deber y tener), que salió en 1855, siendo una imagen animada de la vida alemana, el famoso dicho de Julián Schmidt: «La novela ha de buscar al pueblo alemán en la esfera de su valer, en el trabajo.» Por eso hizo de un modesto mercader, Antonio Wohlfahrt, el protagonista de su novela, mientras que en *Los años de aprendizaje*, por Goethe, el mercader Werner hace mal papel. *Freytag* ennobleció lo pequeño por el esplendor de la poesía, introduciéndonos en un almacén que pinta con verdad plástica, mostrándose en las figuras toda la alegría de la actividad; nos dió á conocer en Frau-gott Schröter la pureza altiva del honor comercial, en Sturm un alma cándida; mientras Federico de Fink, ese pariente espiritual de Bolz, representa el aristócrata lleno de humor y de ironía que trata de conservar por severo trabajo el esplendor heredado de sus antepasados.

En la novela titulada *El manuscrito perdido*, que salió á luz en 1864, enalteció la república de las letras, pintando de mano maestra los sabios catedráticos alemanes. Sus *Cuadros del pasado alemán*, que puso cual don preciosísimo en la cuna del nuevo Imperio germano, excitan el amor á la patria y constituyen la mejor historia alemana, en que parece hablar el mismo pueblo alemán; y en el ciclo de seis tomos, titulado *Los antepasados*, que empezó en 1872, acometió la empresa atrevida de narrar la historia de una estirpe alemana y con ella la historia del pueblo alemán desde los tiempos más antiguos hasta nuestros días. Demostró en aquella novela que cada alemán tiene antepasados, y que la contemplación piadosa del pasado produce una genuina conciencia nacional.

Lo último que salió de su pluma era su folleto *El Príncipe heredero y la Corona imperial de Alemania*, demostrando que la idea del Imperio alemán brotaba primero en el alma del Príncipe de la corona, nuestro querido Federico. Pero extrañamos que sólo el poeta, único de todos los contemporáneos, no haya visto el esplendor poético que rodeaba la figura maravillosa del Príncipe Imperial, significando tanto para una nación para la cual el entusiasmo es una fundamental necesidad política.

*Freytag* no figurará en el panteón de los escritores uni-

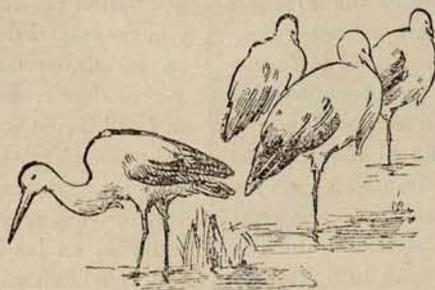
versales; en cambio le está reservado un puesto envidiable en la Walhalla germana. El gran hijo de Silesia, el paisano del amable Carlos de Holtei, del atrevido Enrique Laube y del ditirámico y ardiente Rodolfo de Gottschall, gozó de la protección del duque Ernesto II de Sajonia-Coburgo, que le nombró consejero áulico y le hizo excelentísimo señor. En 1871 *Freytag* perteneció al primer Parlamento alemán; pero no era orador. Su primer discurso fue su último. «Parece que busca su *manuscrito perdido*», exclamaron, aludiendo á la conocida novela del orador, los que veían su confusión. Tanto más habla *Freytag* en sus obras inmortales.

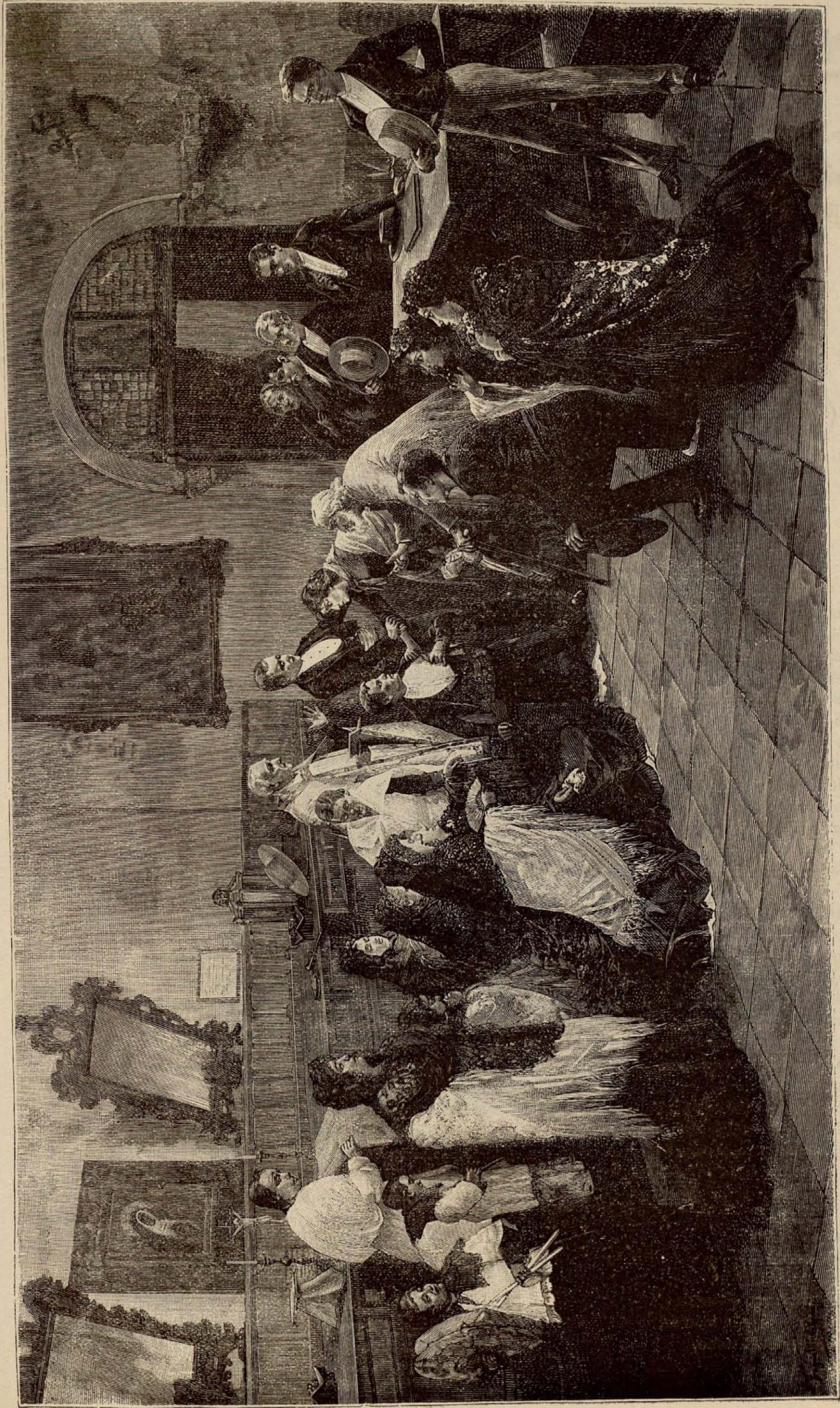
Cuando la Alemania entera se propuso celebrar el septuagésimo cumpleaños de su escritor favorito, éste evitó el ruido de las fiestas, retirándose en su quinta de Siebleben, situada al pie del Selberg, cerca de Gotha, en medio de huertos floridos y campos verdes, para que sólo los mirlos de su jardín, vestidos de gala, pudiesen saludarle al despuntar la mañana. Bajo los tilos de Siebleben nacieron sus obras más poéticas, su comedia *Los periodistas* y la novela *Deber y tener*, que fué un recuerdo de su patria Silesia, de sus visitas en casas de comercio y castillos feudales, y de un viaje polaco. En su mansión de Siebleben, que fué la de un ministro de Gotha y que había hospedado á Carlos Augusto y Goethe en sus expediciones á Eisenach, trataba á los aldeanos y á los príncipes, y sus fiestas eran días de regocijo para aquel pueblecito. Terminada la guerra franco-alemana, plantaba en 1871 en Siebleben tilos de paz, y el día 4 de Mayo, tan lleno de sol, Siebleben le rindió su último homenaje.

*Gustavo Freytag* era una excepción entre los literatos alemanes, siendo á la par sacerdote de lo bello y millonario.

Su retrato brilla junto á los de Helmholtz, Mommsen y Kekulé en la *Galería Nacional* de Berlín; alrededor de su caja mortuoria pendía una corona del emperador Guillermo II; su cuerpo es de Siebleben, su alma de Dios, su lira de Alemania. Su muerte no es para nosotros una despedida, pues vive y vivirá en nosotros y con nosotros, con lo mejor que era y representaba.

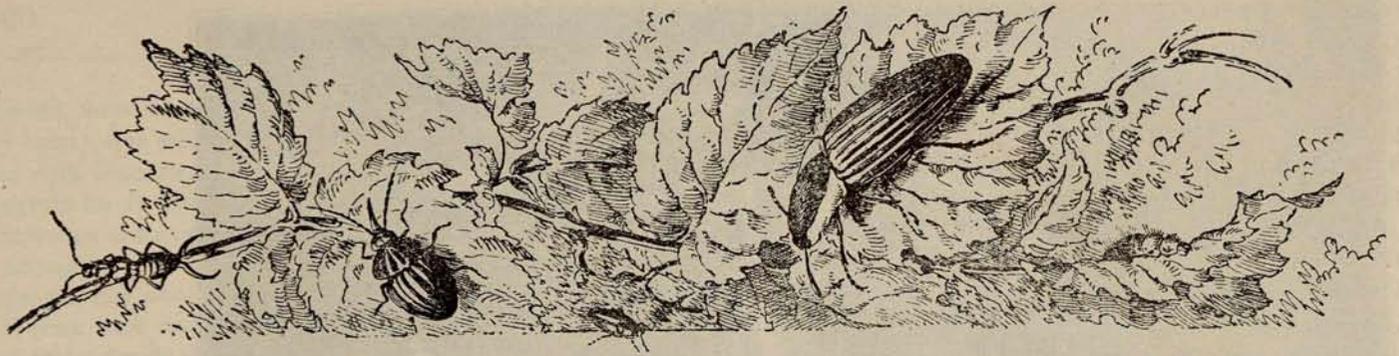
JUAN FASTENBATH.





UNA BODA INTERRUPTA.—CUADRO DE E. OLIVA.

(De fotografía de Compañy.)



# LA ETERNA POESIA

---

¿Puede morir lo eterno? ¿El alma humana  
Vive después de muerta la poesía,  
Su compañera, su sostén, su hermana?  
¿Quién, entonces, al triste  
Muestra la senda que á los cielos guía,  
Y embellece y perfuma cuanto existe?  
¿Quién hace dulce la pasión primera?  
¿Quién mantiene la fe de los mortales?  
¿Quién le dice al dolor «llora y espera»?  
¿Quién alienta los puros ideales,  
Santos refugios donde el alma herida  
Va á buscar el alivio de sus males  
Y á calmar sus nostalgias de otra vida?  
Nadie. ¿Y á qué cantar? ¿Quién lo reclama?  
La noble estrofa ó la tranquila endecha  
Brotan del corazón que sufre ó ama.  
De nuestra edad el vil materialismo  
Siente su sed de goces satisfecha,  
Y contento camina hacia el abismo.  
¡Arte! ¡Belleza! ¡Fel!.... ¡Cosas que fueron  
Y nunca volverán!.... Harto en la brecha  
El alma y la materia combatieron:  
Deber penoso obliga  
Á dar al vencedor la justa palma:  
La materia triunfó de su enemiga....  
¡Sufra su yugo resignada el alma!



¡Tremenda es la derrota!  
La belleza sin culto;  
Muerta la inspiración; la lira rota;  
Las musas en tristísimo abandono,  
Y Apolo, entre la befa y el insulto,  
Arrojado con ellas de su trono,

Todo dice que ha muerto la poesía,  
La voz de Dios, el misterioso lazo  
Que con Él á los hombres nos unía.  
La muerte en su regazo  
Guarda y oculta á la deidad hermosa.  
Del pasado en las yertas soledades  
Hay que limpiar para encontrar su fosa  
El polvo secular de otras edades.



Y allí levanta la abatida frente  
Bajo el regio dosel del cielo heleno,  
Limpio, diáfano, azul, resplandeciente.  
Abren las olas su profundo seno,  
Y surge, sobre concha nacarina,  
Coronada de flores la cabeza,  
Venus, la madre del amor divina,  
Tipo inmortal de la inmortal belleza;  
Dispara el niño alado, en loco juego,  
Vivas flechas punzantes,  
Siempre acertando á dar, aun siendo ciego;  
Llaman á los incautos navegantes  
Con acordados cantos las sirenas;  
Alzan sus copas de oro las bacantes;  
Ninfas, nereidas, sátiros y ondinas,  
Las selvas cruzan, de perfumes llenas,  
Ó las limpidas aguas cristalinas,  
Y en el confuso término lejano,  
Atenas la sin par, la noble Atenas,  
Sirve de fondo al cuadro soberano.



Á la plaza anchurosa  
Llega del pueblo artista la oleada  
Aspasia, entre la turba clamorosa



¿QUIÉN ES?—CUADRO DE C. E.

Que la saluda á coro,  
 Pasea recostada  
 En carro de marfil y ébano y oro;  
 Demóstenes excita á la pelea  
 Con arranque supremo  
 Y su palabra es rayo y centellea;  
 Platón con sus secuaces busca asilo  
 En el frondoso huerto de Academo;  
 Píndaro canta al par del viejo Esquilo;  
 Enseñando á luchar Leónidas muere;  
 Fidas golpea sobre el mármol duro,  
 Y éste, al sentir el golpe que le hiere,  
 Con el que el soplo creador recibe,  
 Dejando de ser piedra á su conjuro  
 Toma sangre y calor, palpita y vive.  
 Acude ante el Jurado la acusada  
 Y oye en silencio la sentencia dura;  
 Pero, con mano airada,  
 Rompe ante el tribunal su vestidura,  
 Descubriendo del pueblo á la mirada  
 Su perfecta y espléndida hermosura.  
 Su fallo, al verla, el tribunal revoca:  
 «¡La belleza es sagrada!»  
 Grita la plebe alborozada y loca,  
 Y ella, queriendo en tanto  
 Cubrir con digno velo sus hechizos,  
 Suelta su pelo que, cual regio manto,  
 Desciende hasta sus pies en blondos rizos.  
 Todo es belleza y arte y luz y llama  
 En el eterno y colosal poema  
 Con el que Grecia fatigó á la fama:  
 Todo sorprende al alma y los sentidos,  
 Y en la labor suprema  
 Juntos y confundidos  
 Trabajan, sin segundo ni primero,  
 Con el pincel Apeles,  
 Con la palabra Homero  
 Y con cincel divino Praxiteles.



¡Ah, sí! Sobre la tumba del pasado  
 Hay que buscarte, ¡oh santa poesía!  
 Mas no es sólo el de Grecia tu reinado;  
 También se ve tu huella soberana  
 En la edad del valor y la hidalguía,  
 Tan noble, tan hermosa y tan lejana:  
 Cuando cada arrogante caballero,  
 Si á la guerra acudía,  
 Tronos llevaba y reinos en su acero;  
 Cuando morir por Dios y por su dama  
 Era deber del noble que cumplía,  
 Ganando al sucumbir eterna fama;  
 Cuando jamás al débil ú oprimido  
 Faltaba en su amargura  
 Un brazo á defenderle aperebido,  
 Y al valor ayudando la hermosura  
 Las bellas grandes hechos preparaban  
 Bordando en sus ocultos camarines

Las ricas bandas que después cruzaban  
 El pecho de los fuertes paladines.



Aquí la multitud corre al torneo:  
 Los potros, al combate preparados,  
 Lucen gallardos su marcial arreo  
 Con adornos de plata recamados;  
 El viento en las cimeras  
 Agita los larguísimos plumajes  
 Y en torno del palenque las banderas,  
 Y el sol quiebra sus vividos reflejos  
 En rodela y casco y rendajes  
 Que parecen arder vistos de lejos.  
 Junto al falso combate que enardece,  
 Las luchas verdaderas y mortales  
 En que el valor ante el peligro crece;  
 La sangre por doquier corre á raudales;  
 Mas ¿qué importa la vida  
 Para quien ama el bien por que pelea?  
 ¡Sangre por él vertida  
 Es el riego del árbol de la idea!



Princesas encantadas  
 Lloran sus penas tras las rejas duras  
 De las vetustas torres almenadas;  
 Caballeros, sedientos de aventuras,  
 Persiguiéndolas van noches y días;  
 Entona el trovador himnos sagrados  
 Al pasar por las viejas abadías,  
 Ó en el noble castillo  
 Hechos de guerra grandes y esforzados  
 Ante el fiero señor de horca y cuchillo;  
 La castellana, oyéndolo, suspira  
 Por algún lindo paje  
 Que acaso ignora la pasión que inspira;  
 Remite el ofendido sin recelo  
 La venganza que busca por su ultraje  
 De Dios al juicio en el sangriento duelo;  
 El noble, que igual juzga su destino  
 Al del rey que eligió por soberano,  
 Besa el pie del humilde peregrino  
 Y le sirve en la mesa por su mano;  
 Y todo es fe, contrastes é hidalguía,  
 Nobleza y alma pura y generosa,  
 Arte, en fin, y suprema poesía  
 En esa edad hermosa  
 Que soltando al valor libre la rienda,  
 Pobló, fecunda en heroes y titanes,  
 De Amadises y Orlandos la leyenda  
 Y la historia de Cides y Guzmanes.



Mas no es en esa edad noble y lejana,  
 Tan pródiga en grandezas y en errores,  
 Donde está la belleza soberana:

La mayor, la más pura,  
La que entre inmarcesibles esplendores  
Eterna brilla y sin rival fulgura,  
No busca trovadores ni guerreros,  
Ni en la contienda impía  
Mantiene en sangre tintos los aceros;  
Ama la paz, se inspira en la clemencia,  
Y tiene, limpia y clara como el día,  
El amor por esencia,  
La fe por base y la verdad por guía.



Con su inmortal victoria  
Escribe ese periodo  
La página más bella de la historia.  
Chispa divina en las conciencias prende  
Que crece por doquier, lo invade todo,  
Y el viento aviva el fuego que se extiende.  
Pronto la nueva idea  
Al mundo entero conquistar pretende,  
Y se lanza animosa á la pelea  
Sin jefes, sin escudos, sin espadas:  
Viejos, niños, doncellas  
Llenan sus anchas filas mal formadas,  
Pero el triunfo va en ellas:  
Va en ellas el guerrero  
Que nunca fué vencido,  
Más duro que la flecha y que el acero;  
Va el que á todos los lauros arrebató  
Y á morir decidido  
Sonríe bajo el golpe que le hiere;  
Va el mártir, el soldado que no mata  
Por que sabe que triunfa cuando muere.



Y vence al fin la idea redentora:  
Del verdugo en las manos  
Se embota la cuchilla destructora;  
En la arena del circo, ya no abierto,  
Hartas de beber sangre de cristianos  
Se adormecen las fieras del desierto,  
Y los que bajo tierra se escondían  
Para huir de panteras y puñales,  
Salen á luz y las conciencias guían  
Y elevan las soberbias catedrales  
Donde, trasunto exacto de su anhelo,  
Los arcos ojivales,  
Como buscando á Dios, se alzan al cielo.  
Al culto material de los placeres  
Sigue el culto que busca mejor palma  
Del bien, de la pureza y los deberes;  
Digna y feliz resurrección del alma.  
Tras la molición y el placer y el vicio,  
La penitencia austera,  
La ferviente oración y el sacrificio:  
Sufrir es del creyente la bandera,  
Y, abrazado al dolor, jura en el templo  
Á la pobreza consagrar su vida:

La cruz es la enseñanza y el ejemplo.  
Vedlo palpable. La potente mano  
Que los orbes mantiene  
Y enciende el sol y enfrena el Oceano,  
Desgarrada y herida  
Con esfuerzo sostiene  
Pendiente de un madero un cuerpo frío;  
Los pies, que temblar hacen las estrellas  
Al recorrer los mundos del vacío,  
Enclavados están por turba alevé;  
Tristes se entornan las pupilas bellas  
Donde el día su luz sediento bebe;  
Por no ver la tragedia consumada  
El sol se esconde tras de nube roja;  
Se estremece la tierra horrorizada  
Cuando la sangre del Señor la moja,  
Y en el terrible instante en que perece  
Dios, con su sacrificio voluntario,  
Dignifica el dolor y lo ennoblece  
En el sangriento drama del Calvario.



¡Ideales hermosos!.....  
¡Religión, arte, fe, lucha, hidalguía!.....  
¡Recuerdos de otros tiempos venturosos!.....  
Con vosotros murió la poesía.  
Apolo mudo á su dolor se entrega,  
Y ecos no encuentran en el alma humana  
Ni la hermosura de la Venus griega  
Ni la grandeza de la cruz cristiana.



Pero no, no es verdad; las musas duermen,  
Mas no pueden morir: tarde ó temprano  
La espiga brota y fructifica el germen.  
La poesía vive; está dormida,  
Pero si late el corazón humano  
En él está la prueba de su vida.  
¿Se acabaron, acaso, los dolores?  
¿No hay una aspiración? ¿No hay un anhelo?  
¿No hay sonrisas, ni pájaros, ni flores?  
¿Tras la verdad el hombre no se lanza,  
Ni siente el alma cuando mira al cielo  
El beso bienhechor de la esperanza?  
¡Ah! la santa poesía  
Al mundo descendió como consuelo  
En la aurora feliz del primer día,  
Cuando del «fiat» á la voz primera  
Dios, sacudiendo el polvo de su manto,  
Astros y soles derramó en la esfera,  
Y durará hasta tanto  
Que la noche postrera al ser llegada,  
Sin canto el ave y sin rumor la selva,  
La voz que sacó al mundo de la nada  
Á su seno sin fondo lo devuelva.

JUAN ANTONIO CAVESTANY.



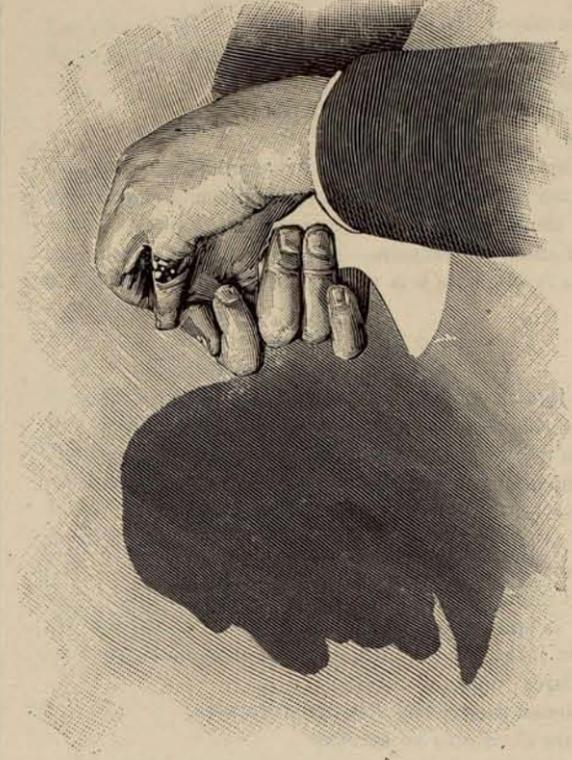
EMILIO ZOLA.



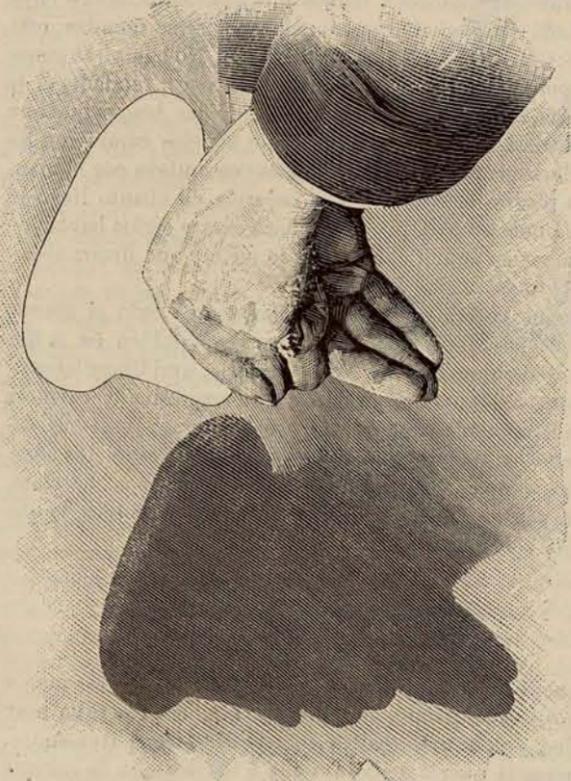
BISMARCK.



GAMBETTA.



GLADSTONE.



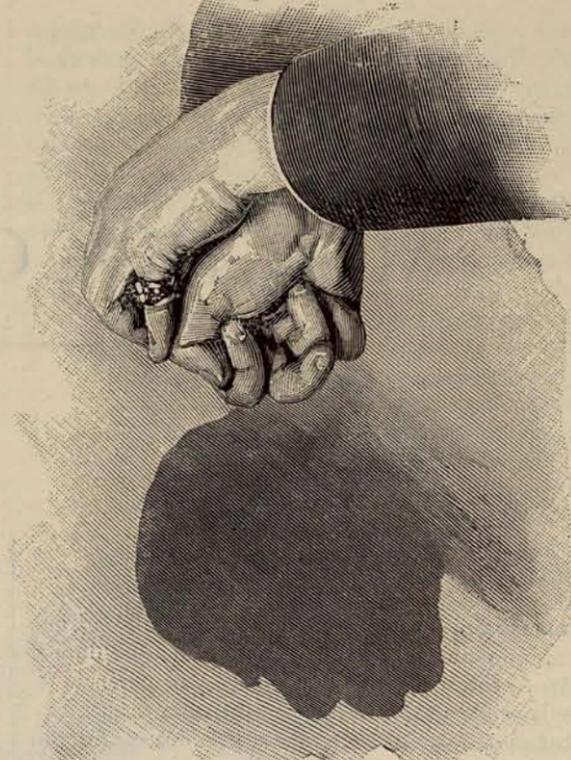
ALEJANDRO III.



LORD SALISBURY.



THIERS.



CRISPIEN.

SOMBRA S.—Por Trewey.

# MI CHOCOLATERA

## I.

Temprano disfruté yo en este mundo de la felicidad, que aun, al cabo de cincuenta años, gracias á Dios, me dura y acompaña. Al entrar en la juventud recibí en herencia de mi padre la primera fábrica de chocolate, mantecadas, bizcochos bañados, velas de cera, cirios y lamparillas de mi tierra, que es la más afamada de España en el suministro de estas especialidades de sorber, comer y arder; y á poco de tomar posesión de tan dulce y luminoso dominio, me casé con Dominica Vega, la chica más hermosa, más admirada y más pretendida de cuantas muchachas había en mi pueblo y en veinte leguas á la redonda. ¿Cabe mayor felicidad? Si algo necesitaba para que fuese completa, completábase, en efecto, con las ingénitas y naturales condiciones de mi carácter, porque yo era entonces, y soy ahora, por fortuna para mí, el hombre más tranquilo, más sosegado, más satisfecho y más inofensivo é insignificante que hay en el orbe. Rico por mi casa, sin aspiraciones respecto de las ajenas; enemigo, por espontánea repulsión, de la sabiduría literaria y científica; contento con mi inconsciencia; incapaz de entender lo que es política; apegado á mi rincón y á mis rutinarias, descansadas, honestas y económicas costumbres; fiel casado, rendido amante é idólatra ciego de mi Dominica; sano de cuerpo, y pacífico, y por consiguiente, equilibrado de espíritu, me encuentro siempre en aquel justo y apacible medio que los bienaventurados desean, y que por la quietud del estado que produce y por la bondad que le es propia, derrama y difunde, en todo momento, las inefables armonías del bien en nuestros pensamientos y en nuestras obras.

He vivido y vivo arrimado á la pared de mi hogar, al resguardo del ábrigo glacial, y siempre cara al sol, como las seculares higueras que arraigan en el suelo del patio y somborean con sus hojas grandes y frescas las ventanas de los aposentos de la familia. Cara al sol, he dicho, y es verdad, porque en la casa donde hay una mujer hermosa y buena siempre está dando el sol de la ventura. ¡Y qué sanos y qué alegres, y con qué limpio color y con qué buena pasta se crían y maduran los hombres, bajo la radiación é influencia amorosa de unos ojos de cielo y de un corazón puro!

Á poco de casados, deseando yo rodear á mi Dominica de

mayores comodidades y satisfacciones que aquellas de que en nuestro pueblo disfrutábamos, imaginé que debiéramos trasladarnos con el establecimiento-fábrica á la ciudad vecina, en la que nuestra parroquia era muy antigua y numerosa, en la que conocíamos á muchísimas familias, y donde mi mujer podría darse una vida, un trato y un tono más en consonancia con nuestros recursos y con sus prendas. Encontraba ella siempre bien y muy ajustado á razón todo cuanto yo discurría; por lo que, sin ponerme objeción ni reparo, aprobó el plan de la mudanza; y, dicho y hecho, al mes justo estábamos soberanamente instalados en la capital de la provincia, Rúa, 48, en casa nueva y muy capaz, con amplio huerto que alcanzaba hasta el barrio de la muralla, con grandes obradores y hornos y lujosa tienda, sobre cuya portalada puse en ebúrneo marco, con letras doradas, este rótulo: CHOCOLATERÍA DE BRAGA. No había que poner más, porque los Bragas, primos de los reyes fundadores de Portugal, é introductores en España de las bragas que aun usan los maragatos, los Bragas mis abuelos cambiaron las armaduras de la guerra y las bélicas costumbres por el mandil, la piedra, el tostador y la cacerola en cuanto llegó el cacao á nuestra patria, y desde hace cuatro siglos hablar de los Bragas en aquella tierra era lo mismo que decir: «Chocolate y mantecadas de la gloria».

Aunque yo era y soy Braga, llamábame todo el mundo «el Chocolatero»; y como Dominica dió también en la flor de decir siempre, cuando á mí se refería, «mi Chocolatero», me pareció lógico corresponder á su expresiva y cariñosa manía llamándola siempre «mi Chocolatera»; y así nos entendíamos y así nos entendemos aún, al través de los años, por más que ya, á decir verdad, casi no hacemos chocolate, porque sólo se fabrica en casa, á brazo por supuesto, lo que nosotros consumimos.

## II.

Tiene la felicidad sus eclipses, no por lo pasajeros menos temidos y lamentables, y la nuestra también los tuvo muy grandes, y para nosotros tan inesperados como tremendos. Sobrevino la guerra de la invasión á los dos años de nuestro traslado á la ciudad, y ésta, desmantelada y sin tropas que

La defendieran, cayó en poder del enemigo. Lo que no supieron hacer los hijos de ella, ni el Gobierno, que fué aprovechar sus especiales condiciones estratégicas y ponerla en estado de defensa, hicieronlo los invasores, con la recomposición de sus muros, construcción de fortalezas, aprovechamiento de las aguas para los fosos, apertura de trincheras y planteo de grandes líneas de estacadas. En semejantes faenas ocuparon á todos los vecinos que podían trabajar; y con los que no servían para llevar cestos y para manejar el pico ó la pala, con los señores y señoritos, formaron el batallón de voluntarios de la defensa. Á mí me tocó también ser voluntario forzoso, y auxiliar, á regañadiente, de nuestros enemigos. Todo me pareció soportable menos la compañía del enorme fusil de chispa, la última novedad de entonces, que me dieron, para desempeñar mi servicio. ¡Un fusil de veinte libras, á mí, que jamás había tenido en mi casa, ni en mis manos ni siquiera un miserable cortaplumas! Cuando llegué á mi hogar, armado con aquella espantosa máquina, que llevé boca abajo por si se disparaba, y eso que no estaba cargada, cundió entre mi familia y dependientes profundo terror, y, por si iban mal dadas, en bien de la tranquilidad doméstica, lo mandé dejar arrimado al brocal del pozo de la huerta, no de golpe, sino poco á poco, y siempre con el cañón apuntando al suelo. Mandaba las heréticas tropas invasoras, y por consiguiente la plaza, un general de apellido muy enrevesado, á quien en el pueblo

habían puesto por mote Perromoro, porque, en efecto, al hablar parecía que ladraba, y porque además tenía un cutis tan áspero y obscuro, que debía ser nieto de los mismísimos demonios del África. No eran más suaves, ni más guapos los que le rodeaban, á pesar de sus charreteras, casacas y pompones. Mandaba en la ciudad á estilo de guerra, sin más ley ni miramientos que su capricho, por lo cual, á pesar de ser pleno verano cuando vinieron, pasábamos tiritando el día y la noche. El servicio de día lo realizaban sus tropas, paseando la muralla, las calles y las trincheras, y el de noche lo hacíamos las compañías de voluntarios, no sólo mandadas por oficiales enemigos, sino salpicadas de cabos y sargentos de la misma ralea, que eran á un tiempo espías y verdugos nuestros. No me valió á mí, para eximirme del servicio, el

regalar á Perromoro cuatro tareas del soconusco más fino, y dos arrobas de mantecadas y seis barricas de Peralta y Carriana, porque hizo de ello el mismo aprecio que si le hubiera dado los buenos días en vascuence, y tuve que cargar con el fusil como un cualquiera, y acudir de noche á la muralla. En la escuadra de que yo formaba parte, nos tocó de jefe un sargento borracho, á quien llamábamos Pellejo, que era la personificación de la barbarie hecha hombre. No faltaron en la ciudad una docena de traidores, vecinos de ella, gentes ambiciosas y desacreditadas, que por envidia y mal deseo hacia los que éramos bien apreciados, simpatizaron con los invasores, y les sirvieron en su inmundicia y les

ayudaron á cometer todo género de maldades. Porque los dirigía un ex señorito tronado, que tenía la cabeza y las manos cubiertas de cierta costra, reliquia de su mala vida pasada, les llamábamos *los tiñosos*.

¡Qué días de congoja y de tristezas fueron aquéllos! Mi Dominica, mi Chocolatera, al verme hecho militar de repente, empezó á padecer unos hipos y ahogos y soponcios, que no la daban punto de reposo; y como por la tierra no parecía el remedio, se encomendó al cielo, y dió en hacer en casa unas novenas á la Virgen de la Concepción, cuya linda imagen guardábamos desde los tiempos de mis tatarabuelos, teniendo siempre encendidos ante ella cuatro cirios rizados para que Dios nos sacase con bien de semejantes apuros. Y puesto que los enemigos andaban por la calle, yo la dí orden de



que no saliera de casa, ni se asomara á ninguna ventana ni balcón, imponiéndola el sacrificio, que ella aceptó resignada y gustosa, de no ir á misa, porque, como yo le dije, la misma distancia había al cielo desde nuestro cuarto de la Virgen, que desde la Parroquia, y tan pronto y tan bien llegarían á Dios las oraciones desde una que desde otra parte: cuya noticia y descubrimiento dejó á mi mujer muy satisfecha y contenta en sus escrúpulos de perfecta cristiana.

Á los pocos días de estar formado el batallón de voluntarios, empezaron á bloquear la ciudad multitud de partidas de montañeses amigos nuestros, los cuales, para molestar á los invasores, se acercaban á los muros en cuanto anocheaba y rompían un endiablado tiroteo, que duraba hasta el amanecer. Con esto se hizo bastante peligroso nuestro servicio,

porque las balas no distinguían de bultos, y lo mismo podían atravesar á un enemigo, que á un voluntario. Lo peor de todo fué para mí, que nos obligaron á cargar los fusiles, para contestar á los disparos. Acudí, en efecto, á la formación una noche; nos llevaron al resguardo de unas tapias aspilleradas, y el sargento Pellejo dió orden de cargar las armas. Cargábanse entonces mordiendo el cartucho y en veinticinco tiempos. Aunque hubieran transcurrido veinticinco meses yo no hubiera metido mi cartucho en el cañón. Pero se acercó Pellejo, examinó mi fusil con la baqueta, y después de lanzar una sarta de interjecciones de las más redondas, mordió el cartucho, lo introdujo en mi arma, lo atacó con furia, levantó el gatillo de chispa y dejó caer el fusil en mis brazos, diciéndome:

—¡Esta noche ha de quedar vacía la cartuchera!

Temblaban mis piernas, temblaba mi cuerpo, temblaba mi fusil y me parecía que temblaba toda la tierra alrededor mío. Luego, mientras se repetían las descargas de los de fuera, gritaba Pellejo:

—¡Fuego! ¡Valientes! ¡Que no quede uno!

Y nosotros los voluntarios metíamos el cañón por las aspilleras de la pared, y disparábamos; es decir, disparaban, porque yo no me decidí, ¡qué había de decidirme!, á disparar el mío, temeroso de que reventara por la culata y me llevara la cabeza hasta las casas de enfrente. Al retirarme de la aspillerera hacia como que cargaba de nuevo, operación disimulable en la obscuridad; pero en tres veces que Pellejo se plantó delante de mí, no tuve más remedio que cargar de veras. ¡Horror! Aquel fusil me producía el mismo efecto que si tuviera entre las manos una culebra de cascabel. Pasé las horas de la noche yendo y viniendo á la aspillerera y enjugándome el sudor, que á mares corría por mi rostro.

—¡Bien, señor Chocolatero!—me decía Pellejo;—¡así sudan los bravos!

Al amanecer volví á mi casa con cuatro cartuchos dentro del cañón. Cuando mi mujer y nuestro administrador y primer maestro de fábrica, el veterano Molinillo, salieron á abrir la puerta, exclamé:

—¡Apartaos, hijos míos, apartaos, que si se dispara es'lo, vuela la ciudad!

Les conté lo ocurrido, y horrorizada Dominica, huyó á ocultarse en el desván. En cambio Molinillo, hombre calmo, cogió el fusil, cuyo gatillo continuaba levantado, y con mucho tiento, lo encerró en el cuarto de la canela, poniéndolo boca abajo en un rincón. Después que cerró la puerta miró por la ventanilla de ventilación que tenía ésta en medio, y me hizo que contemplara yo también la temible y tremenda arma, atracada casi hasta la boca. Bajó después Dominica, y bajaron las criadas, y llegó el oficial mayor de la chocolatería, y uno tras otro, todos, se asomaron al ventanillo santiguándose, y miraron con espanto al fusil polvoroso, preso en aquel cuarto, donde nadie debía entrar en lo sucesivo.

En vano me acosté luego para restaurar las fuerzas de la noche perdida. No pude dormir, pensando en que otra vez volvería con mi fusil á la muralla. Ni Dominica ni yo pudimos atravesar bocado en el almuerzo; y cavilando acerca de lo grave del peligro que tenía encima, lloramos á lágrima viva. Por indicación de Molinillo determinamos deliberar, reunidos en Consejo Supremo de la Guerra. Era incuestio-

nable, indiscutible que yo tenía que acudir con los voluntarios á la muralla, so pena de la vida, según había dicho el bárbaro Perromoro en un bando. Y era también imprescindible llevar el fusil. Podría comprar otro durante el día, pero además del gravísimo riesgo de que se supiera, resultaría que al amanecer vendría á casa con otros cuatro cartuchos por lo menos en el cañón. Y, en vez de una mina explosiva, tendríamos dos en casa. Molinillo dió con una idea feliz:

—Creo lo más acertado—dijo—quitar al fusil la piedra de chispa, y ponerle en su lugar un cacho de madera del mismo color y forma. Así, señor amo, aunque tire usted del gatillo no se dispararán; y como de noche nadie puede distinguirlo, cumple usted con el servicio, y va usted seguro. Yo arreglaré ahora la piececilla de madera, y la pondré en vez de la piedra.

Aplaudimos la idea, y mientras Molinillo la realizaba, nos salimos Dominica y yo al extremo de la huerta, por si acaso. Con este arreglo ingenioso pasamos el día más sosegados. Cuando por la noche sonó la corneta que llamaba á los voluntarios, cogí sin temor aquel fusil de mis pecados, y me dispuse á salir; pero Dominica, con esa sublime inspiración que las mujeres tienen en los momentos solemnes, me dijo, después de darme el abrazo de despedida:

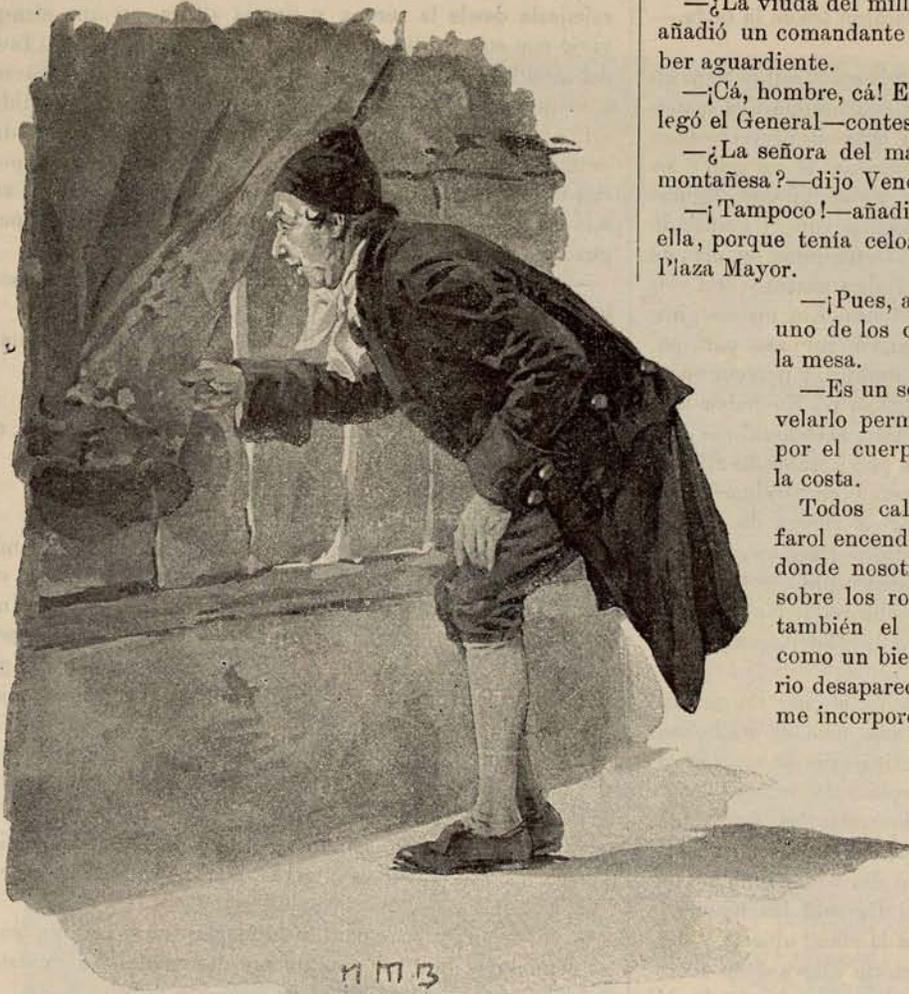
—¿No te parece que sería conveniente remojar la cazoleta del fusil, para mayor seguridad?

—¡Divino, Dominica, divino! Trae el botijo—contesté.

Y apuntando con el pitón á la cazoleta, dejamos caer el chorro, hasta que quedó bien remojada. Entonces chorreando agua el fusil por el gatillo, el cañón y la culata, lo cogí con cuidado y me fui á la plaza de la formación, con más ánimos y coraje que el Cid Campeador.

### III.

Según la orden de la plaza, nuestra compañía no prestaba servicio aquella noche en la muralla, sino que debía quedar de guardia de reserva en la Comandancia militar, esto es, en la Casa de Ayuntamiento, donde el general Perromoro tenía su corte y centro de operaciones. Allí dejamos las armas en el pabellón, y nos entretuvimos pasando el tiempo en amistosa tertulia de vecinos, mientras á lo lejos resonaban las descargas en todo el recinto. Antes de media noche salió Perromoro á recorrer las fortificaciones, acompañado de dos coroneles sus ayudantes, de su secretario íntimo Tiricia, que así le llamábamos por lo amarillo que era, y del jefe de los Tiñosos, el traidor Vendajes, mote que llevaba en el pueblo porque dicen que tenía fajado todo el cuerpo para contener la purulencia que de él brotaba. Los expedicionarios no volvieron á la Comandancia hasta las dos de la madrugada, para cuya hora ya se habían dormido todos mis convecinos los voluntarios de la compañía. Yo también estaba tumbado en mi camastro, pero sin pegar ojo, por lo que me enteré bien de que la comitiva del General regresaba, de que Perromoro se despedía, disponiéndose á acostarse, y de que los demás se reunían en el cuarto de banderas y daban órdenes á los asistentes para que prepararan la mesa de juego y llevaran una docena de botellas de aguardiente de la Nava, señales ciertas de que iba á haber timba



—¿La viuda del millonario Zolón, la de la rinconada?—añadió un comandante de artillería, que no dejaba de sorber aguardiente.

—¡Cá, hombre, cá! Esa corre de mi cuenta, porque me la legó el General—contestó Tiricia, con aire de triunfo.

—¿La señora del mayorazgo de Anguello, la real moza montañesa?—dijo Vendajes.

—¡Tampoco!—añadió el Secretario.—Ya ha reñido con ella, porque tenía celos de la pañera de los portales de la Plaza Mayor.

—¡Pues, acabe usted, hombre! ¿Cuál?—gruñó uno de los coroneles, dando un puñetazo sobre la mesa.

—Es un secreto maravilloso; pero antes de revelarlo permitanme ustedes que dé una vuelta por el cuerpo de guardia, porque hay moros en la costa.

Todos callaron; Tiricia se levantó, cogió un farol encendido, y andando de puntillas, vino á donde nosotros estábamos acostados. Pasó la luz sobre los rostros de los durmientes, biceme yo también el dormido aparentando que roncaba como un bienaventurado, y en cuanto el Secretario desapareció, cerrando con cuidado la puerta, me incorporé, me acerqué á una de las rendijas del tabique, apliqué el oído y percibí que Tiricia decía, al sentarse de nuevo entre sus amigos y pronunciando las frases á media voz:

—¡La Chocolatera!

No sé lo que pasó por mí; se agolpó la sangre á mis ojos, sentí que me caía, y me hubiera caído sin poderlo remediar, á no haberme dado fuerza y serenidad el instinto

de la defensa de mi honor. Me mantuve en pie, pegado á la rendija, con las uñas clavadas en la armadura de madera, y vi, y oí, que en medio de las carcajadas de aquella taifa de pillos, decía el Secretario:

—No conocemos ni el General ni yo á la Chocolatera, porque su marido la tiene encerrada desde que entramos en la ciudad; pero aseguran cuantos la conocen que es la mujer más hermosa del mundo.

—¡Cierto que sí; la más hermosa!—añadió Vendajes.—¡Es una mujer divina!

—Pues bien—continuó diciendo Tiricia—una de las señoras más encopetadas de aquí, la Beatona creo que la llaman, que es la que dirige conmigo la campaña de las conquistas del General; esa, está empeñada hace mucho tiempo en que no hay cosa más superior, ni más digna del buen gusto de nuestro jefe, que la Chocolatera. Ella ha conseguido que una criada entregue á ésta varias cartas.

—¿Y qué, y qué?—aullaron los oyentes.

—Pues nada, que la Chocolatera no contesta; pero, torres más altas han caído.

—¡Por la conquista de la Chocolatera!—exclamó uno de los coroneles, chocando su vaso de aguardiente con los de sus compañeros.

—¡Bien dicho; bebamos á su salud! ¡Por la emperatriz de

y borrasca de largo. Nuestro cuerpo de guardia estaba tabique por medio con el cuarto de banderas, y el tabique en cuestión no era otra cosa que una alta armadura de tablas, forrada de tela y llena de rendijas. Pude, pues, oír, y casi ver, cuanto allí pasaba. Sentáronse los militares y paisanos, salió á relucir el dinero, llenáronse los vasos y se animó la fiesta que, sin duda, se repetía allí todas las noches. Pronto empezaron á vociferar y á reír todos á un tiempo, intercalando entre las frases horribles interjecciones y barbaridades, que á mí me pusieron los pelos de punta al considerar en qué perversas manos habían caído la gobernación y administración de la ciudad. Los que más gritaban eran Tiricia y Vendajes, y á donde vinieron á parar al fin de muchas ocurrencias y cuentos de subido color, fué á la socorrida y eterna cuestión de la honra de las mujeres.

—Di, Secretario—exclamó Vendajes—¿á quién hace la corte ahora el General? Tú, que eres su hombre de confianza y proveedor, debes saberlo bien.

—¡Oh!—contestó Tiricia—ahora se las arregla con la señora del juez, que es una monada; pero yo me he encargado de que conquiste otra plaza mejor. ¿Á que no aciertan ustedes cuál?

—¿La hija del Conde de Meruelo?—preguntó uno de los coroneles.

—¡Cá! Á esa ya la dejó hace tiempo—repuso Tiricia.

las hermosas! ¡Bravo, bravo!—contestaron los de la taifa.—  
¡Viva nuestro General!

Al sentir con aquellas voces la inminencia del peligro en que me veía, deploré el no haberme acostumbrado á manejar las armas, porque aquella era la ocasión propicia para enfilar mi fusil por la rendija y disparar de un golpe los cuatro cartuchos en medio del corro, y concluir con algunos de aquellos infames. Pero ¿cómo disparar con el gatillo de madera y con la cazoleta remojada? Ya no quise oír más de lo que la canalla decía; me tumbé en el camastro y creí volverme loco, forjando mi plan de defensa. Era preciso, imprescindible, que yo no volviera á salir de mi casa, para poder guardar constantemente á mi Dominica, y perecer en su defensa si fuese preciso. Y ¿cómo hacerlo? No había más medio que pretextar un viaje; y es claro, el General me concedería muy gustoso el permiso, sólo por librarse de mi presencia. Una vez encerrado en mi casa y sin obligación de acudir á la guardia, yo conseguiría, á fuerza de dinero, poner á Dominica á salvo en la montaña. Después, después ya no me importaría nada de nada; diría que estaba de regreso, cogería el chopo y vuelta á la muralla. No encontré otro medio de librarme de los implacables enemigos que me rodeaban.

Vi al General á la mañana siguiente, el cual me recibió con el cariño más fino é hipócrita que cabe en pecho humano, como se recibe á la pobre víctima que se va á sacrificar; y una vez enterado de mi proyecto del viaje, lejos de poner obstáculo alguno, me ofreció todas las facilidades necesarias para que lo realizara, y las cuales no acepté, porque como él sabía muy bien, yo podía andar muy seguro por toda aquella tierra. Frotóse el General las manos de gusto al ver que yo mismo le dejaba la plaza abierta y desmantelada, y comunicó tan satisfactoria nueva á su secretario, quien poco menos que brincó de gozo, al saberla. Mi supuesto viaje debía verificarse al día siguiente de nuestra entrevista. Recibí el pase correspondiente y la orden de enviar al capitán de mi compañía, ó al sargento Pellejo, el fusil, municiones y corraje que había recibido, debiendo entregarlo todo, en perfecto estado de conservación. ¡Otra vez se cernía sobre mi existencia, como un amenazador espectro, el fusil con sus cuatro cartuchos! ¡Era preciso devolverlo descargado, limpio y entero! ¡Qué horrible compromiso! ¿Compraría otro? ¡Imposible! El recibo que di de mi fusil tenía escrito el número que éste llevaba grabado en el cañón.

Con tan hondos y múltiples temores entré en mi casa después de esta entrevista con Perromoro.

#### IV.

No pude decidirme á referir á Dominica una sola palabra acerca de cuanto había oído, ni la hice la menor alusión respecto á los infernales propósitos del General. ¿Para qué? ¿Qué necesidad tenía su purísimo corazón de conocer siquiera que otros hombres se ocupaban de ella! ¿Á qué manchar aquella alma candorosa y honrada con la más leve ráfaga de impureza, contándole que su hermosura había encendido menguados deseos en criminales pechos? ¿Para qué

rebajarla desde la serena y limpia altura en que siempre vivió con su sencilla conciencia, al nivel del rastrero fango del mundo, pronunciando ni una sola frase, que empezara á conmovérla y la derribara? Callé, pues; aparenté serenidad, y la dije que el capitán de mi compañía me había concedido permiso para no prestar servicio en dos semanas. Después, con todo sigilo, bajé á uno de los almacenes retirados, llamé á la criada, que solía salir más á menudo á hacer los encargos, y la pregunté:

—¿Dónde están las cartas que D.<sup>a</sup> Plácida la Beatona te ha dado?

—Señor—contestó la muchacha riendo—en mi cuarto las tengo.

—¿Por qué las recibiste?

—Pues porque D.<sup>a</sup> Plácida dábame un duro para mí, con cada una.

—¿Y tú pensabas entregarlas á tu ama?

—¡Para qué, señor, si no sabe leer!

Á pesar de mi violenta situación, me hicieron reír la mezcla de sencillez rústica y de picardía de la muchacha, y la verdad que acababa de decir: porque mi mujer, como muchísimas de las señoras de aquel tiempo, no sabía leer ni escribir. Conste, pues, que no se había enterado de los propósitos de Perromoro, y que ni siquiera sabía que semejantes cartas llegaban á su casa.

Por mi orden, me las entregó todas la doméstica, y excuso decir que no cometí la bajeza de leerlas. Las quemé sin abrirlas.

—¿No te ha preguntado D.<sup>a</sup> Plácida si tu ama recibía las cartas y si te decía algo de ellas?—dije á la muchacha.

—Sí, señor; y yo le contesto siempre que se las dejo sobre su cómoda, y que mi ama no me dice nada. Ya ve usted, señor, ¡por cada mentirijilla de éstas, un duro!

—Vaya, pues, por ahora no saldrás de casa en un par de meses, y si aquí hablas con alguno acerca de estas cartas, no saldrás nunca viva, porque te retorceré el pescuezo.

—Bien, señor, como usted guste—repuso la chica;—pero, ¡por Dios, perdóneme, que yo no lo hice con mala intención, sino por los durillos que me ganaba!

Durante el día siguiente, para el que había anunciado mi marcha el General, me ocupé con Molinillo de la manera más hábil y menos peligrosa que podríamos encontrar para descargar el temido fusil. Convinimos en que la hora más apropiada sería la media noche, cuando más recias y frecuentes eran las descargas que se cruzaban entre los defensores de la muralla y las partidas de fuera. En medio de aquel estruendo, nuestro disparo pasaría desapercibido. Pero ¿quién disparaba semejante carga? ¿Dónde lo disparábamos? ¿Á dónde irían á parar los proyectiles? En discutir estos puntos pasamos Dominica, Molinillo y yo unas cuantas horas. Al fin convinimos en que, no aquella noche sino la siguiente, sujetaríamos el fusil á los balaustres de la escalera que baja del comedor á la huerta, y que ataríamos un largo cordel al pie del gatillo, para tirar de él, desde el segundo piso de la casa, para hacer así el disparo sin peligro alguno.

Por la noche mandé montar en una mula á uno de mis obreros de confianza, vestido con mi ropa de viaje y envuelto en mi capa; le di el pase del General, un bolsillo bien repleto, y bien claras instrucciones, y se largó por la ronda



LA SOPA EN EL CONVENTO.—CUADRO DE J. BENLLIURE.

(De fotografía de A. Tivoli.)



obscura, á salir de la ciudad por un portillo, cuyo guarda recogió, como por casualidad, dos onzas de oro que el obrero tiró al suelo al atravesar la puerta. Un cuarto de hora después recibía el General este aviso, transmitido por el cabo de aquella ronda: «El Chocolatero salió sin novedad á las once y media.»

—¡Mio es el castillo!—exclamó Perromoro al leerlo:— ¡mañana prepararemos el asalto!

En tanto mi Chocolatera, inocente paloma, ignorante de todo, seguía en su tranquilo y amoroso palomar animán-

admirable me parecía en efecto, aquella Chocolatera de mis entrañas.

No eran sus hermosos ojos negros, instrumento desvergonzado de pasión y combate, de esos que cuando miran se clavan como viboras rabiosas en el corazón de los hombres, sino plácidos, serenos, de los que difunden la paz y la alegría donde quiera que miran. De ellos, más que de otra parte de su persona, irradiaba la luz de aquel perpetuo sol de ventura que he dicho que resplandecía en mi hogar, y me parecía á mí, y aun me sigue pareciendo, que al posarse con



dolo, arrullándome con sus caricias, atenta al cuidado del hogar, que tenía convertido en una tacita de plata, sonriente siempre, siempre feliz y sin más preocupación que la de ver contento á su Chocolatero. Muchas veces mirándola, y pensando en el peligro que teníamos sobre nuestras cabezas, y especialmente yo sobre la mía, se me ocurría preguntarme para mis adentros:

—Pero ¿es verdad que es tan hermosa?

¡Y cuanto más despacio y más fijamente la miraba, más

cariño en las personas y en las cosas que la rodeaban, á todas comunicaba cierto calor y vida de satisfacción que todo lo armonizaba, inundando de bienestar, y atrayendo hacia su persona, inextinguible suma de ternuras y de simpatías. Aumentaban el atractivo de su dulce y angelical mirada el cutis limpio, blanco y rosa de su rostro, su esplendorosa frente orlada por sencillos rizos, oscuros como la mora y como la mora recogidos, apretados y lustrosos; y daban extraordinaria dulzura al conjunto los hoyuelos de sus carrillos, su car-

mínea, correcta y fresca boca sonriente siempre, y los lindos, iguales y nacarados dientes, que dejaba ver, y entre los cuales, al compás de la sonrisa, parecía querer asomar de cuando en cuando, cual botón de rosa, la lengua, como para impulsar con las palabras el sano y perfumado aliento que brotaba de los misteriosos y ocultos adentros de su naturaleza. Y en toda su propia hermosura, jamás convertida por ella en culto ante las fantasías egoístas y vanas del tocador, que no tuvo que añadir un ápice á tan ricos detalles, el aspecto de su persona era, como su mirada, inocente, sencilla y casta, y, por lo mismo, asombrosa y arrebatadora, sin que ella, ni yo, ni nadie tuviéramos que recordar, por fortuna, que la hubieran eclipsado, ni por un instante siquiera, ningún mal pensamiento, ninguna idea repulsiva, ninguna frase dudosa, ningún atrevimiento imposible en quien, como ella, del regazo amoroso de sus padres, y del retiro patriarcal de su casa solariega de Fuentecillas, pasó á la mía, contenta, radiante y pura, cual dice que pasaban antes los querubines de una á otra región del cielo. De cómo la naturaleza la había modelado en su esbelta, airosa y arrogante traza nada diré, porque este tesoro, aunque de todos era presumido y adivinado, á nadie le fué dado contemplarlo más que á mí, y puesto que para mí lo guardaron Dios y mi buena suerte, bien me guardaré yo de sacarlo á la plaza de la curiosidad, á la que no estaba, felizmente, destinado, y en la que ni hizo, ni hará falta ninguna. Sólo sí añadiré que, aunque tal era su belleza física tan celebrada, fué y es muchísimo mayor su belleza moral, verdadero valor de las mujeres, tanto más inapreciable y grande cuanto más hermosas son; cuyo gran mérito, muy raro en este pícaro mundo, las hace, más que la hermosura, acreedoras á la universal admiración, y dignas del más envidiado y envidiable respeto.

¡Y aquella prenda de todas las gracias y de todas las virtudes iba á caer en manos del inmundo Perromoro, y tal vez de sus asquerosos compañeros! ¡Imposible! Preferiría yo perder mi casa, mi fortuna, mi salud y mi vida, todo, en fin, antes de que tal sucediera.

Pensando en estas amarguras se me pasaban las horas, cuando Molinillo vino á decirme que ya estaba puesta la piedra de chispa en el gatillo, y el fusil en el arambol de la bajada del jardín, y que sólo faltaba atar la cuerda, en cuanto anocheciera. Encomendándonos á todos los santos atamos la cuerda, después de haberla dejado caer desde las ventanas de la galería del segundo piso. Dominica, al parecer tranquila, se reía como una loca, pensando en el ruido que iba á meter el disparo y en que el peligro de que volara nuestra casa iba á desaparecer.

Mi mujer pasó las últimas horas de la tarde en hacer que las criadas recogieran la ropa blanca, que en aquel día hermoso habían puesto á secar en las ventanas de los dos pisos de la casa, por la parte de la huerta, donde daba de plano el sol de la tarde. Cenamos luego, y nos sentamos á rezar el rosario, y á tomar el fresco en la galería, acompañados de Molinillo, esperando á que se hiciera la hora de tirar del cordel.

Entretanto, según supimos andando el tiempo, el general Perromoro y su ayudante Tiricia, así que dieron las diez de la noche, se dirigieron al barrio de la huerta, que daba á la trasera de nuestra casa, y con todo sigilo, corriéndose por los callejones de las casas de los labradores se fueron arri-

mando hacia la tapia de mi posesión. La noche estaba obscura como boca de lobo; sonaban las descargas sin interrupción, y ni un solo bicho viviente se movía en aquellos lugares. Perromoro caminaba á tientas guiado por Tiricia, que había hecho un estudio detallado del sitio, de mi huerta y de mi casa.

—Creo que esto marcha á maravilla —dijo el General;— esa mujer, esa Chocolatera es muy larga; ella ha debido inspirar á su marido la idea del viaje, y el inocente ha caído en la trampa. Pero vea usted, amigo secretario, lo que son las mujeres, aunque parezcan unas santas.

—¿Qué es ello?—dijo Tiricia.

—Pues nada; en una de mis últimas cartas decía yo á doña Dominica que cuando resolviera recibirme, pusiera como señal, en la galería que da á la huerta, una prenda de ropa blanca, y ya ve usted, según mi asistente Chaumenfroth me ha avisado hoy, no sólo ha puesto una prenda, sino que ha llenado de ropa todas las ventanas. ¿Qué le parece á usted?

—¡Que las mujeres son el mismo demonio, y que esto es hecho! Pero ella ¿le ha contestado á usted alguna vez?

—Nunca; lo cual que se comprende, porque á estas gazmoñas no les gusta comprometerse.

Mientras hablaban avanzaban, saltando zanjas y pedruscos, hasta que al fin, recorriendo con cuidado la tapia, se pararon ante un esquinazo que estaba un poco derruido, en cuyo momento dijo Tiricia:

—¡Por aquí!

Y haciendo hincapié en los agujeros de la pared, se encaramó y puso á caballo sobre la tapia; dió la mano al General, que se encaramó también, y juntos saltaron á la huerta, sin que el ruido se notara, porque lo ahogaban las descargas de la muralla.

Eran las once y media, poco ó más ó menos, entonces. Molinillo, impaciente y pensando sólo en irse á dormir, me decía de cuando en cuando:

—Señor, ¿ tiro de la cuerda?

—Espera un poco, hombre, contestaba yo temeroso siempre del estrépito que iba á producir la descarga.

Y al cabo de diez minutos repetía:

—¿Tiro?

—¡Yo tiraré!—exclamó en broma Dominica;— venga el cordel.

Y dicho y hecho: Molinillo puso el cabo en sus manos, y mi Chocolatera dió un soberbio tirón, cuando precisamente Perromoro y Tiricia llegaban agachados, por entre los árboles, al centro de la huerta.

El estruendo fué horrible, y los proyectiles, perdiéndose en el espacio, fueron á dar yo no sé dónde. Cerramos la ventana, y hasta contuvimos la respiración para escuchar lo que pasara después. Nada pareció que pasaba, sino que, allá á lo lejos, se quejaba alguno.

En efecto, sorprendidos por la tremenda descarga que partió de nuestra casa, el General y su secretario echaron á correr asustados, y al saltar la tapia por donde pudieron dar con ella, cayó Perromoro en una zanja, entre los pedruscos, y se rompió una pierna. También rodó Tiricia, rozándose la piel de la cara y de las manos. El General, agobiado por los dolores, empezó á dar espantosos alaridos, que eran los que nosotros oíamos; y al escucharlos los vecinos labradores de

aquel barrio acudieron en buen número, así como un pelotón de la ronda, levantaron al herido, y lo trasladaron en una silla á la Comandancia general.

Al día siguiente, cada cual comentó la noticia; y los tertulios del cuarto de banderas, enterados por Vendajes, se encargaron de explicarla diciendo, que Perromoro había intentado asaltar la casa de la Chocolatera, y que ésta le había metido dos balazos en el cuerpo. Toda la ciudad lo creyó, y mucho más cuando Molinillo, acosado por las preguntas de los curiosos, dijo:

—Ni mi ama, ni yo presumíamos que el General anduviera por el huerto; pero la verdad es que ella hizo el disparo.

No hay para qué ponderar el entusiasmo que semejante ocurrencia, mal interpretada, levantó entre los patriotas del vecindario.

Providencialmente, mientras Perromoro yacía en cama, con la pierna rota, y casi sin poderse mover ni acudir á la defensa del pueblo, ganaron nuestras tropas la batalla de Torremocha, y pocos días después entraron triunfantes en la ciudad. La noche antes huyeron los invasores llevándose al General en un carro, y con ellos se fueron Vendajes y los Tiñosos. El nuevo concejo que se nombró acordó, como primera medida, pasar á felicitarnos por haber contribuido tan directamente á la salvación de la plaza, y dió á nuestra calle el nombre de *Dominica Vega de Braga*, «¡la heroína de la ciudad!»

Mi mujer estaba entonces, y aun está, como quien ve visiones, sin entender una palabra de lo que ocurría, ni de la causa de los honores que se la tributaron, por más que en

crónicas, historias, coplas y romances se contó su hazaña.

La verdad es que sin comerlo ni beberlo, y sin haber puesto nada de nuestra parte, nos libró Dios de una catástrofe y nos hizo famosos.

Cuando el Rey, enterado del suceso, me ordenó que pidiera la merced que quisiera, sólo pedí, que nombrara superiora del convento de Santa Clara de Santiago de Chile, con orden de que jamás pudiera salir de él, á D.<sup>a</sup> Plácida la Beatona, como así lo hizo. Respecto á mi muchacha, la de las cartas, á su tierra se fué para no volver más.

Han pasado cuarenta años, y como hoy se ha dado en la manía de celebrar tantas fiestas y aniversarios, que no son, en general, más que excusas para holgar y beber vino, nuestra ciudad acordó celebrar la fiesta de su liberación con tres días de ceremonias, cabalgata y holgorio, y con la colocación del busto en mármol de mi Dominica en la sala del Ayuntamiento. El Alcalde me encargó que escribiera la relación de aquellos sucesos, y yo he escrito la verdad, que aquí va consignada, como testimonio leal de la verdad, y en descargo de nuestra conciencia. Pero ¡vaya usted á convencer á un pueblo patriota y entusiasta, que desea tener sus héroes correspondientes, de que nosotros no hicimos lo que el vulgo cree!

Todo el mundo está conforme con que el busto en mármol de mi Dominica guarda bastante parecido; pero insisten en que ella es mucho más hermosa. Y es verdad; no hay escultor, ni pintor capaz de retratar á mi *Chocolatera*. ¡Y esta sí que es una verdadera honra y gloria para nosotros, y no la de la salvación de la plaza!

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

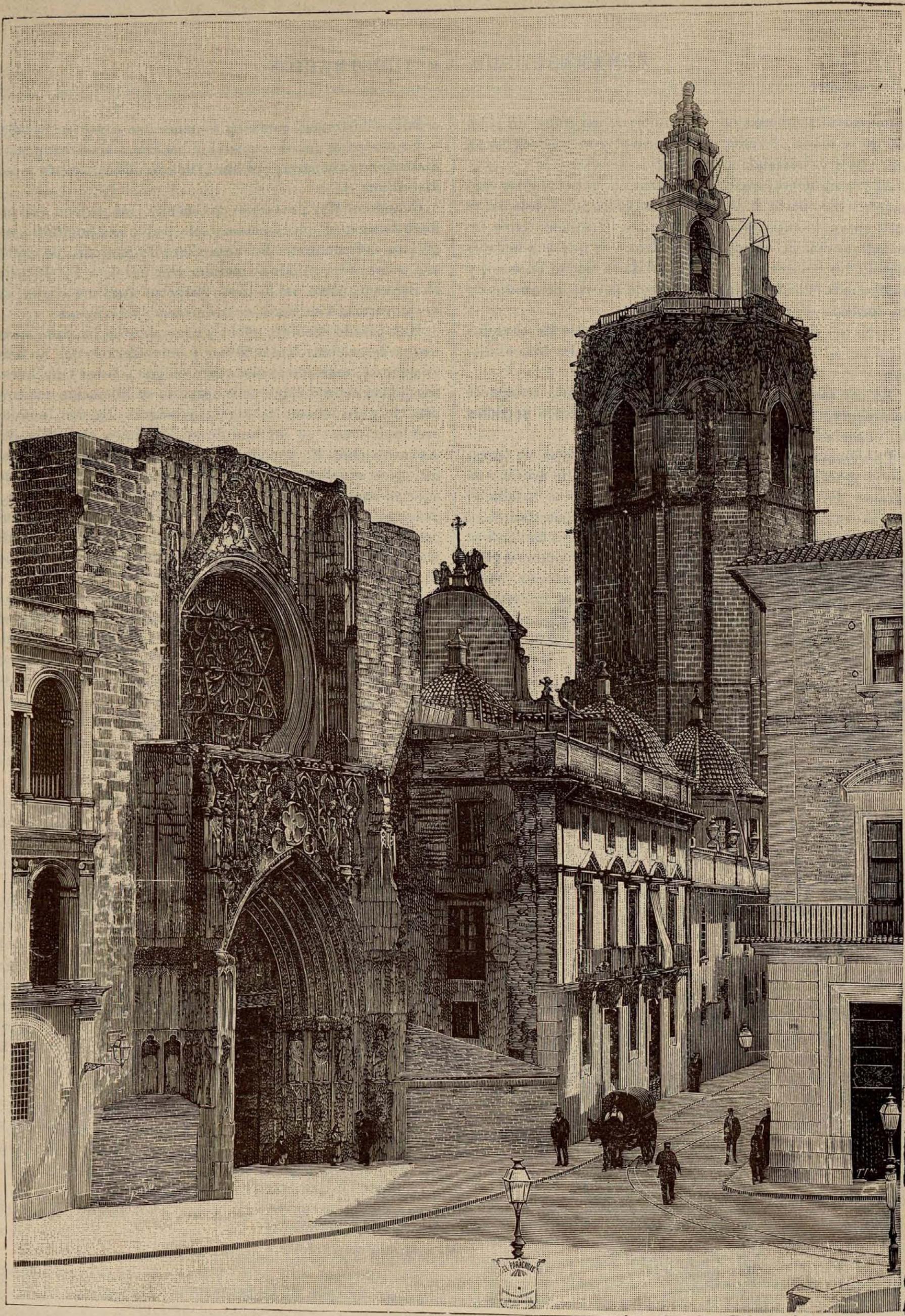


## FILOSOFÍA

Un filósofo ha afirmado  
Que no hay nada, y es verdad,  
Tan hermoso y tan sagrado  
Como un cielo despejado  
Y una firme voluntad.

Y para ti mi ternura  
Los ha unido en lazo fuerte;  
Que es compañera segura  
Del cielo de tu hermosura  
Mi voluntad de quererte.

RICARDO J. CATARINEU.



VALENCIA.—LA PLAZA DE LA CATEDRAL.  
(De fotografía de Hauser y Menet.)

# LA VOCACION DE PILAR

1.

— Buenas noches, señor cura.  
 — ¡Felices, Juan. ¿Qué es de ti?  
 ¡Gracias á Dios!  
 — Vengo aquí  
 Á decirle la amargura  
 Que tengo en mi corazón.  
 — Hombre, cuéntame. Eso es grave.  
 — Señor cura, usted no sabe  
 La causa de mi aflicción.  
 — Siéntate, y puedes hablar,  
 Que ya con calma te escucho.  
 — Que estoy muy quejoso, mucho,  
 De mi chica.  
 — ¿De Pilar?  
 ¡Si es una santa!  
 — ¡Sí! ¡Sí!  
 — ¡Si á todas horas la veo  
 En la iglesia!  
 — ¡Ya lo creo!  
 ¡Pues si no sale de allí!  
 Ese es el mal.  
 — ¿Cómo el mal?  
 — Perdona usted, señor cura;  
 Pero á mí se me figura  
 Que no es muchacha formal  
 La que tiene esa manía,  
 Y deja solo en su casa  
 Al padre enfermo, y se pasa  
 En la iglesia todo el día.  
 Primero es la obligación  
 Y la devoción después.  
 — Tienes razón. Así es.  
 — ¡Claro que tengo razón!  
 Su madre, mi Nicanora,  
 Que en gloria esté....  
 — ¡Dios lo quiera!  
 — Usted la conoció. Era  
 Muy buena y muy rezadora.  
 Mas nunca su devoción  
 Tuvo nadie que tachar,  
 Pues nunca llegó á faltar

La pobre á su obligación.  
 Pero á la chica le ha entrado  
 Tanta religiosidad,  
 Que me tiene, la verdad,  
 De un humor endemoniado.  
 — Vamos, hombre, ten más calma.  
 — La tengo; pero se explica  
 Mi disgusto. Yo á la chica  
 La quiero con toda el alma,  
 Y aumenta mi sentimiento  
 El temor de que Pilar,  
 Si sigue así, va á acabar  
 Por meterse en un convento.  
 — Si su vocación es esa,  
 Debes resignarte.  
 — ¿Yo?  
 ¡Quiá! ¡No señor! ¡Eso no!  
 ¡Ni aunque la hagan abadesa!  
 Quiero á mi chica á mi lado,  
 Y casada y muy dichosa.  
 Mi fortuna no es gran cosa,  
 Mas para ella la he formado.  
 Pensando en mi Pilarcita  
 Sin descanso trabajé,  
 Y hoy que, por dicha, logré  
 Mis ahorros, mi casita,  
 Mi huerto del Castañar,  
 Mi molino del Peñón,  
 Y mis dos vacas que son  
 Las mejores del lugar,  
 ¿Voy á permitir que todo  
 Vaya á parar á cualquiera?  
 ¡Quiá! ¡De ninguna manera!  
 ¡No señor! ¡De ningún modo!  
 Yo no pretendo impedir  
 La devoción de mi hija.  
 No está bien que yo le exija  
 Lo que no debo exigir.  
 Recé, pues religión tiene,  
 Y póngase bien con Dios,  
 Y que oiga una misa, ó dos,  
 Y hasta tres, si á mano viene;  
 Pero estarse, la verdad,

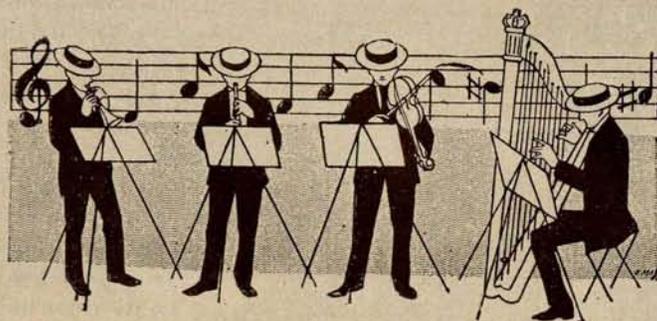
En la iglesia todo el día,  
Esa ya es una manía,  
¡Es una barbaridad!  
—Tienes sobrada razón;  
Bueno que la chica rece,  
Pero cierto que merece  
Tu paternal reprensión.  
Si así falta á su deber,  
Riñela, mas con dulzura.  
—¿Yo reñirla? ¡Ay, señor cura!  
¡Si es que eso no puede ser!  
Yo comprendo que es muy buena,  
Y si empiezo á regañar,  
De fijo se echa á llorar,  
Y á mí me da mucha pena.  
Por eso quiero que usted  
Que tanto talento tiene  
Le diga lo que conviene....  
—Corriente, yo la hablaré.  
Veré si su vocación  
Es de monja ó de casada.  
—¿De casada? ¡Qué bobada!  
¡No es esa su inclinación!  
—¡Quién sabe! Acaso Pilar ....  
—¡Ojalá que fuera así!  
—Bueno, déjame tú á mí,  
Que yo lo he de averiguar.  
—¡Los santos son sus encantos!  
Si anoche cuando dormía  
La pobrecita decía:  
«¡Santos! ¡Santos! ¡Santos! ¡Santos!»  
—¿Sí, eh? Tengo una sospecha....  
—¿Qué?  
—Nada! Puedes marchar.  
Creo que vas á lograr  
Ver tu ambición satisfecha.  
—¿Cómo?  
—Que se me figura

Que no es mi sospecha vana.  
Adiós, Juan. Hasta mañana.  
—Buenas noches, señor cura.

## II.

—Escucha, y cese tu pena,  
Pues he mandado á llamarte  
Porque tengo, Juan, que darte  
Una noticia muy buena.  
—¿Es posible?  
—Sí, señor.  
—¡Ay, señor cura!  
—Ya he hablado  
Con Pilar, y ha resultado  
Que es verdad lo de su amor.  
—¿Amor divino?  
—¡Quiá, hombre!  
Amor humano y terreno....  
Y el novio que elige es bueno.  
—¿Cómo novio?  
—No te asombre.  
Hoy he podido observar  
El amor que tu hija siente;  
Conozco perfectamente  
La vocación de Pilar.  
Ya sé por qué esa manía  
De salir tanto de casa,  
Y ya sé por qué se pasa  
En la iglesia todo el día.  
Serán los rezos su afán  
Y los santos sus encantos;  
Pero ten presente, Juan,  
Que ella no vive sin Santos....  
¡Sin Santos el sacristán!

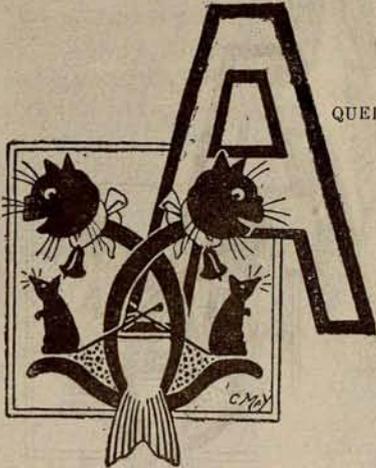
VITAL AZA.





SOÑAR DESPIERTO. — CUADRO DE FLEURY.

# LO MEJOR DEL HOMBRE



QUELLA casa era el verdadero tipo de las grandes y destartaladas viviendas que para familias burguesas se hacían en Madrid á principios de siglo, con sus habitaciones altas de techo, espaciosas, papeles de ramos y florones, pasillos laberínticos, balcones con postiguillo, puertas de cuarterones

pintadas al temple, y ladrillos que se deshacían en sucio polvillo rojo. Tenía cada piso cuartos con vistas á la calle y otros interiores más baratos, cuyos huecos daban á un anchuroso patio empedrado de cantos lisos, con pozo en el centro, pila para lavar, y en los cuatro ángulos otras tantas parras que trepaban por los muros hasta el tejado.

De este patio recibía también luz mi cuarto de trabajo. En los comienzos de vivir allí, como era invierno, el balcón estaba casi constantemente cerrado; pero á fines de Mayo comencé á dejarlo abierto algunos ratos mientras escribía. Entonces observé que en la planta baja vivían un sillero ambulante, que remojava en la pila sus mimbres y eneas; una echadora de cartas, en busca de la cual acudían muchas criadas de servir, y un viejo, fabricante de alambreras, ratoneras y rosarios, que por su aspecto recordaba mucho al *Menipo* de Velázquez; toda gente tranquila y bien avenida.

El cuarto interior situado frente al mío tenía dos balcones con los vidrios de la parte inferior, á falta de visillos, embadurnados de blanco, y algunos que se habían roto, sustituidos con papeles ó cartones, indicando juntamente la pobreza de los inquilinos y su deseo de evitar miradas ajenas.

En el suelo de uno de los dos balcones estaban casi todo el día jugando dos niños, que se entretenían haciendo castillos ó casitas con unos zoquetes de madera de los que sobran al serrar listones; y de cuando en cuando, para mandarles callar si levantaban la voz, pero más á menudo para besarles, se asomaban también dos mujeres: una anciana, muy gruesa, y otra de apenas treinta años, alta, pálida, de belleza prematuramente ajada, en quien contrastaban,

inspirando lástima, la elegancia de la persona y la pobreza del vestido.

La fisonomía y continente de ambas les daban por señoras, y su apacible tristeza decía, sin permitir dudas, que soportaban con paciencia y decoro alguna gran desgracia. La de más edad no se movía de casa: á la joven se le veía salir diariamente muy temprano, ya con una cesta pequeña al brazo, ya con un gran pañuelo de los que se usan para llevar labor de costura.

Con ellas y los niños vivía también un hombre de á lo más cuarenta años, alto, de buena figura y aspecto inteligente. Al principio, no viéndole nunca ocupado en cosa que pareciese trabajo, me fué antipático, imaginando que pudiera ser, en vez de sostén y amparo, carga y enojo de aquellas infelices; pero tardé muy poco en comprender que me había equivocado.

Aquel hombre andaba siempre de un lado para otro, inquieto, en constante agitación, gesticulando, manoteando y hablando solo, hasta que como mareado se dejaba caer en una silla, y apoyando los codos en las rodillas y la barba entre las palmas, parecía rendirse al cansancio físico y la pesadumbre moral. Su mirada era generalmente vaga, insegura, voluble, cual si le costase trabajo fijarse en lo que le rodeaba; pero á veces, de pronto variaba, haciéndose dura, tenaz y amenazadora. Entonces daba miedo.

Un día, sin que las mujeres lo notaran, les vi lavarle la cara y las manos, y peinarle; después le vistieron: por cierto que sus ropas, aunque completamente destrozadas, debieron de ser buenas y sin duda hechas para él: finalmente, le acariciaron y besaron al igual de los niños, mostrándose en medio de aquella ternura, más por la diversidad de los halagos que por la diferencia de edades, que de aquellas dos desdichadas una era su madre y otra su mujer.... Al poco rato, en un momento que le dejaron solo, salió al balcón y volcando la tierra seca de un tiesto, hizo como que se lavaba las manos mejor que ellas lo hicieron.

Las vocecitas de los niños, el ruido que causan zorros y escobas en ratos de limpieza, y el rumor metálico de una máquina de coser, eran todas las señales de vida que daba aquella pobre gente, cuyo aspecto fino y miserable henchía el corazón de pena.

Cierta calurosa noche de Julio, al retirarme ya muy tarde, casi de madrugada, entré á obscuras en mi cuarto, cuyo balcón estaba abierto. Mis vecinas tenían el suyo en

tornado, y por el estrecho espacio que dejaban libre las vidrieras vi á la joven sentada ante la máquina de coser, sobre la cual tenía puesta una lamparita de petróleo que le inundaba de claridad el semblante.

Quedé inmóvil para no meter ruido, y me deleité en contemplarla. ¡Qué hermosa debía de haber sido, y qué cruel estrago hicieron en ella las privaciones y el dolor! La actitud del cuerpo y la endeblez del traje dibujaban su figura casi como si estuviera desnuda: parecía una Venus, pero ajada, enfermiza; y á modo de contraste con lo que tenía de sensual su hermosura, en su fisonomía, severa y casta, se retrataba el pesar hondo, pero tranquilo, de la Virgen cristiana. Toda era palidez y ojos; palidez mate, levemente dorada, de mies poco madura, y ojos hermosísimos cercados de livor intenso que los dejaba envueltos en una sombra de tristeza.

Por bajo de la falda negra y raída, entre los hierros de la máquina, asomaban sus pies finos y bien formados, cuya elegancia no podían bastardear unos groseros zapatos de tela gris. Hubo un momento en que, inclinándose hacia adelante, pareció dormirse; mas en seguida se rehizo, y moviendo los dedos en un vaso de agua que tenía al lado, se humedeció los párpados.

Compasivo y embobado la contemplaba yo, cuando abriéndose de pronto una puerta, apareció la señora vieja en paños menores, medio desnuda y alterado el rostro, figura al mismo tiempo dramática y grotesca, diciendo cariñosamente enojada:

—Julia..... te estás matando..... anda..... anda á dormir.

—Hacia falta—repuso la joven.

Luego dejó la labor, cerró el balcón y ambas se retiraron llevándose la luz.

Serían las tres ó las cuatro de la tarde del día siguiente, en que por cierto el calor fué inaguantable, cuando comenzaron á sonar grandes y destempladas voces de hombre furioso, que decía:

—¡Crisis..... hay crisis! ¡De esta no pasa! El carruaje..... ¡que venga un coche!..... El frac..... dadme el frac..... no puedo presentarme así. La camisa..... los botones de oro.....

Dejó el libro en que estaba leyendo, me asomé al balcón y vi á las vecinas que, con inútiles mimos y cariñosas reflexiones, trataban de apaciguar al infeliz, que continuaba gritando muy exaltado:

—¡Dejadme salir, ó me tiro por el balcón! ¡La Reina no puede esperar!

Entonces miré á las pobres mujeres haciendo un ademán y un gesto con que les ofrecía socorro y que ambas comprendieron. Respondíome la anciana con un movimiento afirmativo, y pocos segundos después estaba yo ante su puerta, donde la joven, arrasada en lágrimas los ojos, me decía rápidamente sin más explicaciones:

—El calor, el exceso de calor; lo mismo que el año pasado, con el calor se excita muchísimo..... Si usted le ha oído, lo comprenderá todo. Es mi marido..... Dice que le nombran ministro, que quiere ir á jurar, que la Reina le está esperando.....; pero se calma por buenas..... con halagos..... no hay que contradecirle ni exasperarle.

Atravesé un pasillo, á un extremo del cual se habían

refugiado, aterrorizados, los niños, y entré en el cuarto donde estaba el pobre loco, que, al verme, se apaciguó como por ensalmo.

¡Qué lástima me dió! Tenía los pelos enmarañados, la frente sudorosa, las facciones desencajadas y la mirada llena de amenazas.

Llevaba un pantalón á cuadros blancos y negros, viejísimo, con grandes rodilleras y desfilachados los bajos; un chaleco que se había escotado como quien va de etiqueta, doblándolo y metiéndoselo hacia los lados hasta no dejarle más que tres botones, y una levita muy larga y muy raída, cuyos faldones recogidos imitaban la forma del frac; percorbata un pañuelo blanco hecho lazo; en la parte izquierda del pecho, prendidas con alfileres, cuatro condecoraciones de papel recortado, y pendiente del cuello, á modo de encomienda de alguna orden soñada en su delirio, un grueso bramante, del cual colgaba una bobina de acero de la máquina de coser.

Me recibió con exquisita cortesía, y alargándome una silla comenzó á hablar como hablan los niños cuando, jugando, imaginan ser realmente lo que en su fantasía se han propuesto. El rumbo de la conversación lo trazó él.

—Estoy dispuesto—dijo—acepto, puedo jurar, pero sólo para Gracia y Justicia..... Usted será.....

—El secretario particular del Presidente.....

—Pues ya lo sabe usted, puedo jurar hoy mismo, á condición de que sea en Gracia y Justicia.

—Así será. Traigo encargo de manifestar á usted que hoy puede jurar; pero el Presidente le agradecería que lo dilatase hasta mañana. Quiere hablar antes con usted.

—¡Pues en seguida!

—En cuanto pueda levantarse; está enfermo.

—En ese caso dígame usted que yo puedo ser Presidente interino.....

—No creo que se oponga. Por ahora lo esencial es que usted sepa que está nombrado. Hablaré con él y vendré á verle á usted mañana..... Esta tarde coma usted tranquilo, acuéstese usted luego..... y mañana iremos á Palacio.

—¡Pero mañana sin falta! ¡Y para Gracia y Justicia! Esto es lo principal. ¿Vendrá usted á buscarme?—preguntó abriendo desmesuradamente los ojos.

—Á menos que el Presidente no se ponga peor.

Con esto quedó tan conforme y tranquilizado, que delante de mí empezó á quitarse las placas de papel y la levita, diciendo á su esposa:

—Toma, Julia, guarda las condecoraciones y el frac.

Por la noche, mientras dormía, ella pasó á mi cuarto y me contó el origen de aquella horrible enfermedad. Eran casi ricos; llevaban seis años de casados y hacía dos que la pérdida de un pleito les arruinó por completo. Los contrarios habían ganado por recomendaciones y malas artes de un personaje político. Y aquel cambio brusco, brutal, de la holgura á la pobreza, turbó por completo la razón á su infeliz marido.

Los primeros síntomas fueron un deseo inmoderado de referir á todo el mundo su desdicha, siempre con las mismas palabras, y una locuacidad extraordinaria: después le dió por estar triste, pasando á veces semanas sin hablar, y,

finalmente, las rarezas, los extravíos, los alardes de originalidad fueron aumentando y eslabonándose, hasta que un día se levantó diciendo que si él fuera ministro de Gracia y Justicia mandaría revisar el pleito ó lo suscitaría en nueva forma con seguridad de ganarlo. Desde que se le ocurrió esto, no hubo modo de que hablara de otras cosas. Todo lo refería y relacionaba con el pleito y con su empeño de ser ministro. Á las pocas semanas esta idea arraigó de tal modo en su espíritu que ya era inútil intentar que discurriese con sensatez ni hablase cuerdamente. Los antecedentes del asunto, la justicia de su causa, la venalidad de los magistrados, la influencia del hombre político que ocasionó su desgracia, cuanto directa ó indirectamente estaba ligado con el motivo de sus cavilaciones, todo vino á resolverse y condensarse en un solo deseo, que pronto se convirtió en absorbente monomanía: ser ministro de Gracia y Justicia y jurar el cargo. Fuera de esto, para él no había ilación en las ideas ni fijeza en el pensamiento: las percepciones intelectuales eran incompletas ó falsas; la memoria insegura; los afectos morales, sobre todo los dulces y apacibles, parecían sofocados; su madre y sus hijos como si no existieran; en cambio, á Julia la quería más cada día, pero con una violencia y una exaltación que infundían miedo: de beber y comer tomaba lo que le daban; sólo dormía al quedarse rendido, y todos los días, á todas horas, ya tranquilo, ya exaltado, esperaba que fuesen á buscarle para jurar. Preparaba la ropa, prendía en la levita aquellas placas de papel, y al caer la tarde, viendo que no le enviaban aviso ni recado, lo guardaba todo, diciendo con apacible tristeza: «¡Será mañana!» Los momentos de excitación eran muy raros y coincidían casi siempre con los grandes calores.

—Pero crea usted— me decía la pobre señora al terminar su relato— que él no sufre, ni se le alcanza lo que nos hace sufrir, ni se da cuenta de nuestro cambio de vida. Cree que gastamos y vivimos lo mismo que antes. Come lo que le damos, y todo le parece igual; habla de mis trajes de seda como si los estuviera viendo; me mato á trabajar, y no se explica por qué ni para qué lo hago.

Me habló luego de lo que se habían querido, de cómo se casaron, y sin ruborizarse, con ese impudor que arrancan

los grandes infortunios de la vida, me dió á entender el amor violento, puramente sensual, que hacia ella le impelía, y que la infeliz, en su ignorancia, consideraba como un consuelo, cual si fuera el único bien salvado en el naufragio de la dicha; pasión que me dió miedo, haciéndome pensar con espanto en el sacrificio heroico de la salud y la hermosura á la traidora ilusión de la felicidad.

Después se fué llorando, y yo me quedé con mis ideas, en que también había lágrimas.

Al día siguiente busqué y hallé á un médico amigo mio, hombre ilustradísimo, de gran fama, dedicado al tratamiento de enfermedades mentales y de quien había oído referir curas maravillosas. Se lo conté todo y le llevé á mi casa.

En ella escuchó de labios de Julia una explicación larga, minuciosa, completa, del origen y desarrollo del mal; luego pasamos al cuarto de al lado, donde reconoció al marido, haciendo formal promesa de dedicarse á su tratamiento con cariñoso interés. Posteriormente, mediando la noble generosidad de una de esas familias que gozan endulzando desgracias, mi amigo llevó á las pobres mujeres algunas cantidades de dinero.

De allí á dos meses se manifestó el alivio, lento, gradual, pero indudable. El enfermo discurría y hablaba algunos ratos con cierta cordura; en otros se quedaba ensimismado, quieto, silencioso, mirando y escuchando con atención profunda, como si vagamente comenzase á darse cuenta de su situación verdadera. Á veces, contemplando á los niños, viendo trabajar á Julia ó llorar á su madre, se le humedecían los ojos.

La reflexión volvía á su espíritu llevando de la mano al dolor.

—¡Pero esto es horrible! — decía yo una mañana al médico.

Á lo cual, sonriendo amargamente, repuso:

—Pues ya lo sabes, mi deber es curarle. ¡Hay que reintegrarle en el uso de lo que llamamos pomposamente la razón humana!

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

